

Conocer, celebrar y transformar: veinte años

Nuevas reflexiones en torno a la formación de lectores y ciudadanos

A la memoria siempre renovada de Norman Sverdlin
Para Gabriela Goldin, que nunca lo conoció

Ninguna derrota es enteramente una derrota
William Carlos Williams

Daniel Goldin, editor de literatura infantil y juvenil del Fondo de Cultura Económica (México)

1 Cuando era adolescente estaba de moda la conciencia. Para los que participábamos de ese discurso el mundo se dividía en dos: conscientes e inconscientes. Si uno estaba del lado de los conscientes se sentía salvado, aunque paradójicamente eso significara sufrir depresiones o angustias mientras muchos inconscientes gozaban balanceándose en una mecedora, con los ojos cerrados o fijos en una pantalla boba.

Bien a bien no sabíamos qué quería decir ser “conscientes”, pero algo teníamos claro: que debíamos sentir como propia la suerte de otros y que por algún lado debíamos abrir una grieta, una fisura en nuestro aletargado entorno para dejar entrar la mierda del mundo, e inducir a los otros a transformarlo.

Desde luego, ser concientes implicaba una forma de distinguirnos, de ser parte de un grupo y encontrar un lugar en la manada, como lo han hecho y lo harán todos los jóvenes de esta y otras especies. Pero no por eso era, como ahora se quiere hacer pasar, una mera extravagancia para hacerse notar.

En ciertos países —Argentina, por ejemplo—, para algunos adolescentes estar del lado de los conscientes podía significar estar dispuesto a matar y, para muchos más, ser susceptibles de ser asesinados y arrojados al mar o a una fosa común. Pero incluso en

contextos menos extremos, para los que queríamos estar del lado de los conscientes, la vida revestía una gravedad insidiosa. También la lectura.

Inconscientes y ridículamente solemnes como éramos, los adolescentes que participábamos de ese discurso sentíamos que en los libros se debatía algo más que unas horas de ocio placentero. Que no se podía leer cualquier cosa.

Recuerdo con claridad cómo llegó a mis manos un libro ejemplar en este sentido: *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, recomendación indirecta de mi padre; es decir: libro dejado en la mesa después de haber manifestado parcalemente su interés. Extraña forma de inducir a la lectura, pero eficaz al fin. Lo leí, lápiz en mano, subrayando párrafos con indignación y excitación. Sentía que era un texto que todo el mundo debía conocer y me imaginaba hablando de él en el auditorio de mi escuela, el colegio Hebreo Tarbut. Quería restregarle a muchos de mis compañeros una historia que se nos había ocultado y que debíamos conocer.

Pero también podría hablar de otras luchas y otros ámbitos, de la lectura de Breton, de Nietzsche, de Cortázar, de Pessoa, y de cómo estas lecturas febriles me hacían sentir que en los libros tenía un aliado en una ingente lucha contra el mundo.

Ya para entonces muchos de mis compañeros y yo usábamos la greña larga, calzábamos huaraches, comprábamos revistas,

estudiábamos marxismo en pequeños círculos, asistíamos a talleres de poesía y algunos sábados íbamos a escuchar música clásica o folclórica. Ser consciente era también ir a ver películas de Bergman o Fellini, y luego discutir a Marcuse para no ser nunca seres unidimensionales, pues, en el fondo, siempre se trataba de eso: de rehusarnos a aceptar lo aparente como cierto y lo cierto como inamovible.

Y para esto nos ayudaba lo mismo el Gran Cronopio empeñado en combatir la Gran Costumbre; Nietzsche, fustigándonos con el látigo de Zarathustra; Freud, con su implacable sospecha; Ariel Dorfman, sagaz desenmascarador del Pato Donald, y sobre todo la poesía: Vallejo estrujando el dolor y las palabras; Huidobro, al procurar hacer lo mismo con las imágenes; el melancólico Eliot que era todos y era nadie midiendo su vida en cucharillas de café; la ironía rabiamente dulce y desgarrada del Gran Cocodrilo, Efraín Huerta; o el mismo Catulo, preciso y apasionado, fresco a pesar de los milenios. Sí, abrir una puerta, cepillarse los dientes, desenmascarar a Walt Disney y las aguas negras del capitalismo o jugar a reinventar el amor contabilizando besos imposibles. Cada ocasión era propicia para escenificar una batalla.

Cada uno de los autores que leíamos nos daba aliento. Y nosotros sentíamos que si lográbamos que otros lo leyeran, habría más conscientes en el mundo, y las cosas cambiarían. No necesito que nadie me lo diga: además de todo éramos ingenuos.

Pero aún hoy me resisto a pensar que estábamos solos en nuestra ingenuidad. Y que ésta no era, en estricto sentido filosófico y epistemológico, mucho menor que la de nuestros maestros y que la de muchos autores y preceptores que se encumbraban dictándonos sermones, pues nuestra ingenuidad no estribaba, como nos querían hacer creer los sabios adultos, en que el mundo no cambia, sino en el poder mágico, casi fetichista, que le otorgábamos a los libros y a la lectura.

Hoy la conciencia no es un valor en torno al cual se generen comunidades. Ha pasado de moda. La caída del muro de Berlín dio luz verde para que se derrumbaran muchos diques. El de la vergüenza también. Como diría mi abuelita: “ya no hay pudor”. Por eso, no está mal visto tener el televisor

encendido en una cena familiar, mientras por el noticiero nos enteramos que algunos distinguidos diputados europeos pasan sus vacaciones en Tailandia sodomizando niños, que el oro robado a los judíos en Treblinka duerme en neutrales bancos suizos que nunca quisieron saber lo que sabían, que tal o cual torturador lleva a la academia de música al hijo de un desaparecido o que cada bomba lanzada para ganar un punto en las encuestas electorales cuesta lo que miles de escuelas.

Aclaro que no soy de los que dicen que los jóvenes de hoy no se preocupan por nada. Se preocupan, y con razón, ante todo por su futuro, pues —como decían algunos analistas del diciembre del 95 francés— por primera vez enfrentamos un mundo en el que los hijos tienen menos oportunidades que sus padres. Pero es difícil escucharlos protestar desde discursos ambiciosos o globalizadores. Después de todo, cambiar el mundo suena un poco pomposo cuando se trata, con uñas y dientes, de no ser expulsado de él, de no sumarse al creciente montón de prescindibles.

La democracia —o algo que así llaman— se ha impuesto y su insigne nombre lo mismo aparece en policías que velan por la honorabilidad de las naciones, que en la lápida de la historia. La globalización no tiene vuelta de hoja. Tampoco que habremos de comer MacDonalds en París, Moscú y Namibia. El liberalismo —o algo que así llaman— por fin nos ha dado permiso para ser libres, y ahora todos podemos escoger: canales de televisión, atuendo o el largo del cabello. Lástima que algunos aún no tengan luz eléctrica, flujo de efectivo ni tarjeta de crédito y que haya tantos millones de niños con piojos en la cabeza.

¿Crisis de valores? ¡Qué dicen! Hoy todos los valores están bien vistos, sólo hay que saber cotizarlos, comprarlos y venderlos cuando es oportuno. Como Vargas Llosa, que sugiere que la mejor forma de garantizar la defensa de nuestro idioma no es protestando ni estableciendo barreras proteccionistas, sino recorrer el mundo e instalar academias para enseñarlo. En Corea, Ucrania y Noruega hay gente que puede estar interesada en nosotros, como clientes o como socios. ¡Qué alegría! Si hubiese un director de escena, en este preciso momento, le rogaría que hiciera sonar la

famosa oda de aquel sordo berlinés en la patética versión de Waldo de los Ríos, y a todos ustedes posar abrazados para un foto colorida, mitad Benetton, mitad Coca-Cola.

Lo que sigue es un intento, cáustico y medio desvalido, de repensar, desde una perspectiva menos ingenua que la que compartí con mis maestros y muchos autores, qué se puede hacer con los libros y los lectores, por y con el prójimo para conocer y transformar el mundo. Un *aggiornamento*, como dicen ustedes, en mis preguntas de hace veinte años.

Que 20 años no es nada, decía Gardel. Tal vez en tu época, querido Carlitos; ahora sí que son algo.

2 Vamos a documentar nuestro optimismo con un rápido balance de estos años productivos, pues si algo hemos aprendido en estas décadas vertiginosas es a encomendarnos a los santos patrones de la eficiencia y la eficacia, a ahorrar: gastos, tiempo, dinero.

A juzgar por el increíble caudal de capitales que cada noche se mueve por los silenciosos cables transatlánticos, ésta es una lección que todos —empresarios y gobiernos, economistas, políticos, hombres de cultura—, hemos aprendido muy bien y a escala planetaria (pues ahora todo es a escala planetaria).

Tan es así, que en los grandes bancos del mundo sobra tanto dinero que los bancos no tienen más remedio que prestarlo. ¿A quién? Ustedes pueden responderlo: a naciones que jamás podrán pagarlo y a sus principales ahorradores, formidables hombres de negocios a los que no les tiembla la mano para reestructurar y eficientar empresas, es decir someter a precisos ejercicios de reingeniería a todos los procesos y despedir gente. Como me explica mi amigo Jorge Godoy, el único problema es que desde hace años los mercados decrecen, sobra dinero para producir pero no gente que disponga lo suficiente para gastar. Ahitos pero insaciables a la vez, golosos al fin, los que tienen dinero no encuentran en qué gastarlo. Antes compraban fincas, casas, visones. Ahora

compran empresas con la misma voracidad con que los niños atesoran estampas. Primero todas las del ramo; después las de otros. Cada nueva fusión produce un ahorro. Cada nuevo invento —Internet, computadora, robot— lo multiplica.

En el bestiario del nuevo milenio veremos crecer enormes corporativos con cola de farmacéuticos; panza de ingenieros; extremidades de cualquier cosa, pizzas o informática, y cerebro de financiero. Siempre a la cabeza un financiero con blanca sonrisa y piel bronceada.

Por eso todas las economías —no importa que tan boyantes sean— lo que más producen son marginales: seres que sobran, con los que no hay nada que hacer: no sirven para comprar y no tenemos trabajo que darles. África, todo un continente, es hoy prescindible: no consume más que unas cuantas armas; no produce, ni siquiera noticias de primera plana.

Antes nos quejábamos de que a los empresarios no les interesaban los libros; ahora, según el dictado del benemérito Murphy, autor de las únicas leyes históricas confiables a esta altura del partido, ha sucedido algo peor: hoy le interesan los negocios editoriales. Primero vimos fusiones de casas, ahora la promiscuidad entre gremios es norma. Y aquí también producimos prescindibles: tipógrafos, libreros, pronto llegaremos a prescindir de los lectores. Total, a pesar de los lamentos de libreros y editores, la ventas crecen.

Pero no perdamos la esperanza. Hace 30 o 40 años muchas instituciones rechazaban la lectura. Ahora la situación ha empeorado: todas hablan en favor de ella. Presidentes neoliberales, monjas y actores de tele, proclaman que hay que leer y hasta las gallinas cacarean el placer de la lectura. Y la palabra escrita se ha declarado zona liberada. Como lo ha señalado Petrucci: “En el pasado no sólo la lectura sino sobre todo la escritura, como práctica y como expresión potencialmente subversiva, fue sometida a fuertes controles y a rígidas censuras. Hoy, en el ámbito de aquella que hemos definido como ‘escritura privada’, se rechaza cualquier tipo de restricción, de comportamiento obligado, de canon y de regla. La escritura ‘anárquica’, como la lectura salvaje, se convierte en una práctica puramente individual, dic-

tada únicamente por el placer personal y por la voluntad de divertirse y de expresarse libremente” (1).

Este proceso sin duda puede verse como un avance democrático. Pero no sólo y no necesariamente es eso. Detrás de la más vasta proliferación de lectores y escritores habida en la historia, a la par de la mayor diversidad de prácticas de lectura y escritura jamás habida, tal vez lo que presenciamos es un nuevo alejamiento de la palabra, de la razón, del diálogo como instrumento de autorregulación.

Rápido, como la ruedas rojas del ferrocarril, todos corremos, cada vez más rápido, como una locomotora de seres solitarios jugando solitario. Ligados unos a otros por una maraña ya no de cables, de ondas inaudibles que en pocos segundos nos enlazan con Wall Street, el Museo o la Enciclopedia británicos, el vecino o un supermercado. De cualquier rincón del mundo a cualquier rincón del mundo. Con sólo discar o apretar una tecla tenemos el banco en la casa, la pizza en 20 minutos, una novela, un disco o la voz de una muchacha que nos consuele y, si queremos, aun su cuerpo. De todo y para todos los gustos, pues hoy hemos aprendido a ser tolerantes: antes por lo menos era fácil ser rechazado. Hoy todo lo que hacemos se acoge con viscosa aceptación, todo se puede convertir en *fake*, fraude, si no es que ya lo es.

Sí, hoy todo es complejo, complicado, confuso y difícil y “el camino verdadero” (para citar a Kafka) es más lábil que nunca. Pero aquí este mínimo recuento. La bibliografía es amplia, pero no es preciso agotarla: vean la tele, enciendan la radio, miren por la ventana.

3

La culpa de que estemos aquí preguntándonos para qué sirven los libros en la actualidad no la tienen los ogros que han destruido nuestras ilusiones, sino los necios que aún hacen el amor sin preservativo y traen niños al mundo.

Y es que mientras no progrese la ingeniería genética (o las normas morales que presuman controlarla) y estemos en condicio-

nes de clonar seres adultos, los humanos nacerán inmaduros.

Por eso, al menos durante una etapa de nuestras vidas, nos seguiremos necesitando unos a otros. Por eso, al menos durante un rato, aun si todos los saberes son más caducibles que la leche en polvo, será valiosa la experiencia y habremos de preguntarnos por la educación.

La culpa también la tienen los del gremio de la educación, que suelen ser muy conservadores, aunque quieran ser otra cosa y por eso usan, como hace cien años, los libros. Y desde luego también los muchos miles de insensatos que gozamos publicando, leyendo, regalando y comprando libros, o angustiándonos por su pronta, su inminente desaparición que nunca termina de llegar.

Al menos por un rato más, ésta es la dimensión. En este momento único, antes de que anochezca o de que la loca locomotora que corre desenfrenada enredando todo, gente e ideas, se detenga en el fondo de un abismo...

¿Qué podemos hacer hoy, al menos por un rato?

¿Negar el mercado? Tal vez sea mejor asumirlo, después de todo quizá los libros no sean otra cosa que una plaza donde negociamos sentido.

Les explico, como traté de explicarle a mi hija Gabriela la mañana del primero de enero del 2000, mientras caminábamos por las calles desiertas de la ciudad de México. Pues ella y yo hemos adoptado la costumbre de iniciar cada año con una caminata tempranera mientras los demás se curan la borrachera. Y en esta ocasión, quizá porque nos tocaba también iniciar un milenio, además de realizar nuestro balance anual, conversamos de la literatura, de cómo leerla, de cómo se escribe.

Ella tiene sus ideas, propias y recibidas. Como a mí, pero mejor, en la escuela le han enseñado a analizar textos, identificar géneros y épocas, a desentrañar qué es lo que quiso decir el autor y todas esas cosas.

Yo trataba de explicarle las mías. Y le decía que los autores rara vez son completamente conscientes de lo que dicen, que escriben porque sienten la necesidad de escribir. Y en el proceso de la escritura van descubriendo qué querían decir, aunque ni siquiera ahí. La obra siempre se insubordina. “Escribir es trazar mi mandala y reco-

rerlo", decía Cortázar tan cercano a este *aggiornamento*, aunque hace años que no lo lee. La historia literaria está llena de propósitos incumplidos y formidables extravíos.

También la lectura tiene algo de imprevisible. Si voy por la calle y muere alguien ante mis ojos leeré el periódico o el poema de una forma distinta que el día en que me sorprende enamorado. (Claro que para descubrir eso hay que practicar la relectura y eso hoy se contempla como una pérdida de tiempo).

De ahí la metáfora de la plaza: un lugar de encuentro, un espacio de negociación en donde transamos posibilidades que a otro (ese otro podemos ser nosotros mismos en distinto momento) le pueden pasar inadvertidas.

Por eso –le decía a mi hija– yo prefiero decir que los libros no transmiten algo que quiso decir alguien, sino que nos abren posibilidades de encuentros y desencuentros tanto a autores como a lectores, siempre y cuando efectivamente supongamos una experiencia real en el lenguaje, la presencia de otro construyéndose otro en un acto de lectura o escritura.

Posibilidades, ésta es también la dimensión.

Estas cosas íbamos conversando Gabriela y yo. Peripateando, ambos sabíamos que estábamos hablando de eso y también de muchas otras cosas, tal vez más difíciles de nombrar, tal vez innombrables. Pues también los libros nos permite abrir un espacio para hablar de otras cosas o para aludirlas. Por eso hoy aquí echo mano a referencias culturales y biográficas. Por más trascendente y rigurosa que sea, la obra siempre es contingente. Está anclada en una realidad, abierta, al igual que la obra, en un universo cerrado que se resignifica perennemente.

Y ella me escuchaba como se escucha a un padre que camina contigo por una ciudad desierta y seguramente pensaba en lo jodido que soy al ponerle, también ahí, problemas nada fáciles de resolver. Por ejemplo, ¿cómo podría poner en práctica esas nuevas enseñanzas a la hora del examen y evitar que la repruebe su maestro? Y es que a su maestro le sería difícil aceptarlo. No lo condeno. Es difícil incluso para nosotros asumir cabalmente esta idea, pero sobre todo lo que está detrás de ella.

Todos queremos controlar, no sólo los gorilas ni por malas razones. Queremos tener bajo control el sentido de nuestros actos y de nuestras obras, queremos cuidar lo que queremos, queremos ser más útiles de lo que podemos. Tal vez por eso preferimos pensar que el sentido de nuestras acciones es el que nosotros definimos. También cuando escribimos, publicamos o promovemos libros. Y nos cuesta infinito trabajo (sí, literalmente un trabajo infinito: es decir un esfuerzo que nunca concluye) poder asumir lo que la evidencia nos dice cada día: que hay una diferencia fundamental, irremediable, entre lo que enseñamos y los otros aprenden, entre lo que decimos y los otros escuchan, entre lo que escribimos y los otros leen, entre nuestra oferta y la apropiación de los otros.

¿Cómo asumir la pregunta por el prójimo ahora que lo sabemos?

¿Para qué sirve la literatura? se preguntó Hugo Hiriart hace no mucho, y contestó relatando una escena que ahora recreo de memoria:

Una vieja está limpiando las escaleras de una oficina de gobierno mientras un subsecretario sube, ensimismado en sus pensamientos y agobiado por su alta responsabilidad, de prisa, sin voltear a verla, pues los pobres tienen esa rara cualidad: ser imperceptibles para los hombres importantes. De pronto este subsecretario escucha una voz que dice: ¿Viste a esa mujer de manos ajadas? Mírala bien, mierda, porque a los ojos de Dios esa mujer vale infinitamente más que tú.

¿Por qué vale más que yo?, se pregunta el subsecretario. ¿Quién es ella?

La literatura, reflexionaba Hiriart, nos permite explorar la condición humana a partir de situaciones como ésta. Preguntar dónde no se admiten las preguntas. Vivir experiencias vicarias. Pero eso no nos garantiza que al lector le interesen los otros –hombres y mujeres– con manos ajadas, ancianos y niños, vecinos de su casa o escritorio.

¿Y entonces para qué sirve la literatura?

Hace más de 25 años leí por primera vez *La tierra baldía* de T. S. Eliot, cuyos primeros versos todos recordamos:

*Abril es el mes más cruel,
engendra lilas de la tierra muerta
mezcla recuerdos y anhelos.*

...Como este texto.

PUBLICIDAD

La he releído muchas, muchísimas veces. Es carne de mi carne y sin embargo no la he entendido del todo o, más honestamente, no he entendido casi nada. No soy el único que se ha preguntado qué es lo que quiso decir Eliot.

Al propio poeta le formularon cuestionamientos parecidos en repetidas ocasiones. Le conozco dos respuestas. La primera, consiste en algunas páginas de notas eruditas, más oscuras que el poema. Eliot las redactó a petición de su editor, que debía cerrar un pliego y le sobraban páginas en blanco. La segunda respuesta me parece más convincente. Sucedió en un recital, cuando le preguntaron qué había querido decir. El taciturno Eliot, escuchó la pregunta y con voz cansina y profunda volvió a leer *The Waste Land*, verso por verso:

April is the cruellest month....

Tal vez sea esa la única respuesta posible: la literatura dice lo que dice y dice lo que *le* dice a cada uno de sus lectores o escuchas. Habla siempre sobre el hablar y sobre cómo la palabra nos permite habitar el mundo. Y cuando habla sobre el hablar o cuando habla sobre el mundo habla sobre otra cosa, como esto que yo les leo. Nos presenta a la palabra como una forma de habitar el mundo, pero también al murmullo que impide fijar a las palabras.

El poeta purifica las palabras de la tribu (Mallarmé), desde luego. Pero sobre todo mantiene su venero. La lectura literaria es, o puede ser, una forma de encontrarse con el Otro, de enriquecernos desconociéndonos, de trazar una red para fijar lo inasible, de andar sobre las aguas del río heracliteano, nuestro río, y celebrarlo en su imposible fijeza, en el instante mismo en que había alcanzado su definición mejor (Lezama Lima), de enriquecernos en la experiencia gozosa de la pérdida.

Levinas lo dice de la manera más hermosa: "La relación con el otro me pone en cuestión, me vacía de mí mismo y no deja de vaciarme. descubriéndome en tal modo con recursos siempre nuevos. No me sabía tan rico, pero no tengo más el derecho de conservar nada" (2).

¿Para qué sirve escribir, publicar, promover o leer literatura? Tal vez para nada, tal vez sólo para establecer una economía vital distinta: ahora que todos quieren ahorrar, unos trabajamos para regalar. No cabe duda,

seguimos siendo insensatos. Y es que algunos finalmente queremos seguir siendo diferentes: queremos, insensatamente, un mundo distinto.

4

En este mundo sin ideologías, en el que la imagen del Che aparece en las discotecas de Manhattan, ¿dónde se expresa hoy la diferencia entre los herederos de Caín, quienes continuamente escuchamos una voz que nos pregunta "¿dónde está tu hermano?" y los que jamás escuchan la voz de la sangre que clama desde la tierra?

El acento no puede estar sólo en el contenido, en un supuesto sentido previamente asignado. Pues sabemos que cualquiera que sea éste será recreado por el lector. Tal vez la diferencia más contundente se expresa de otra manera, por un antiguo arte, esencial y prácticamente olvidado: la hospitalidad. Por la relación que establezcamos con el lector hipotético, y con el lector real, por el poder que le demos o facilitemos.

En medio de la general confusión hoy tengo claro que si mi pregunta es *por* el prójimo, debe ser también una pregunta *al* prójimo. No, definitivamente yo no "vengo a hablar por vuestra boca muerta", como lo hacía Neruda.

En este mundo confuso tal vez el asunto decisivo está en la confianza. Nadie es más idiota, por más inteligente que sea, que el que supone idiotas a sus interlocutores, por más idiotas que estos sean. Nadie revela un mayor interés por el otro que el que se da a él desde esa confianza radical y contradictoria, conscientemente casi suicida (el casi es importante).

5

*Ninguna derrota
es enteramente una derrota:
el mundo que abre es siempre
un lugar antes insospechado.
Un mundo perdido es un mundo
que nos llama a lugares inéditos*

Les leo parte de *El descenso*, un poema de William Carlos Williams traducido por Octavio Paz. Es otro poeta que siempre me dice algo nuevo. Siempre a mí, nada más a mí y seguramente a algún otro desconocido, a condición de que sea siempre a él, nada más a él.

A mí, nada más a mí; ésa es otra dimensión: la lectura literaria como un susurro al oído, como un mensaje urgente dirigido exclusivamente a uno (¿desde dónde, por quién?). Incluso en dimensión ampliada, la lectura es un asunto de espacio interindividual más que social, ha dicho Michèle Petit.

Lo grande y lo pequeño. La esperanza y la desesperación. La calma y la impaciencia. La pobreza y la riqueza. En estas antinomias se cifra el sentido de nuestra tarea, hacer algo con los libros y los lectores. Acudir a un llamado del prójimo lejano y también de la palabra, habitar en esa entrega un territorio de otros donde me enriquezco perdiendo la posibilidad de retener cualquier riqueza.

Un conflicto –el solo conflicto entre comprender que siempre habrá una diferencia entre lo que enseño y lo que aprenden otros, entre lo que quiero decir y lo que entienden otros– me ha roto aquellas ilusiones de adolescente y al mismo tiempo me ha permitido no claudicar ante la estulta sensatez, ante la implacable lógica de un discurso que se quiere objetivamente inobjetable, contundente y generoso aunque aniquile a medio mundo. Me ha enseñado que si se trata de construir un puente, por ejemplo, se debe hacer que la construcción prospere de ambas orillas.

Todo lo sólido se desvanece, señala el discurso posmoderno. Es cierto, se han fracturado catedrales y monumentos, los grandes edificios se han derrumbado. Pero también es sólido el grano de arena que se desliza por la estrecha cintura del reloj.

Y yo elijo habitarlo. Construir ahí mi casa, educar ahí a mis hijos, hacer una fiesta e invitar a mis amigos y acoger a otros desconocidos: así de grande es un grano de arena mientras cae, irremediamente. Pues todo cae, irremediamente. Pero podemos elegir caer de pie, como los gatos.

Vuelvo a donde comencé: cuando tenía 15 o 16 años y jugaba a ser consciente, quería ser poeta, y cambiar el mundo. Vestía de negro y jugaba a alcanzar la eternidad con una obra. ¿Cómo apostar por esa trascendencia hoy, que sé que nada o casi nada de lo que se publica en la actualidad sobrevivi-

rá más de 50 años, pues todos los papeles para impresión son caducibles y que es más fácil que pervivan los publicados hace dos o tres siglos?

No hay salvación posible, uno siempre perderá, será extranjero. Apostar por nuestra apuesta es nuestra victoria. No ganarla. Casi siempre nunca ganarla.

Mirada desde la Luna, la Tierra es harto pequeña. Y nuestras obras invisibles. La única construcción humana que se puede ver desde esa distancia es la Muralla China, inconclusa, errática, estúpida, edificada durante cientos de años con el deseo de proteger a un pueblo que no se pudo proteger.

Creo que hoy se impone reconocer que no nos podemos proteger de la libertad del otro y que debemos protegernos contra esa indefensión, explorando, abriendo, compartiendo, peleando, contra los otros, también contra nosotros mismos.

Y habrá quien piense que es una posición fácil, conciliadora, que rehúye el compromiso. Tal vez, pero sé que si no contenta a nadie no es tan fácil, y que rehúyo de la facilidad precisamente porque no me interesa contentar a todos. Esta es una de las muchas paradojas que he elegido habitar: pensar siempre en los otros y aceptar ser excluido, apartado, minoría.

Tal vez por eso antes hacía tanto hincapié en decir algo y hoy prefiero abrir espacios, generar conflictos que aluden a otros conflictos y abrir espacios –nuevamente abrir espacios– para resolverlos de otro modo. Después de todo, eso es lo poco o mucho que se puede pedir a la literatura ante ese triple despropósito que le hemos otorgado: conocer al mundo, celebrarlo y ayudar a transformarlo. ☐

Buenos Aires, 29 de abril del 2000

Notas

- (1) Armando PETRUCCI: *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Prólogo de Roger Chartier y Jean Hébrard. Barcelona: Gedisa (colección "LEA"), Barcelona; 1999. Es interesante remarcar que estas lúcidas observaciones de Petrucci no se refieren a prácticas de lectura y escritura a través de la pantalla, sino a un fenómeno anterior del cual se derivan las prácticas de lectura y escritura a través del Internet, por ejemplo, que potencian a límites inusitados estos rasgos "silvestres" en la producción, circulación y recepción de la cultura escrita. Para ampliar esto véase por ejemplo "Lectura pública y bibliotecas en Italia desde la unificación hasta hoy", redactado en 1974, que aparece en el mismo volumen.
- (2) Emmanuel LEVINAS: *La huella del otro*. (Traducción de Esther Cohen) México: Taurus (colección "La huella del otro") 1999; p.58.